

Jane Eyre:

de una

Yo leí Jane Eyre en la infancia como "llevada por un remolino". Releyendo muchas veces esta novela, la más famosa de Charlotte Brontë, en la adolescencia, en los veinte años, en los treinta, y ahora en mis cuarenta, nunca se me perdió el sentido que tiene a causa y mucho más allá de la fuerza imaginativa de su autora; se trata de cierto alimento que yo entonces necesitaba y que sigo necesitando hoy en día. Conocí otras novelas consideradas joyas de la literatura, todas ofrecieron sus versiones conmovedoras y contradictorias de lo que significa haber nacido mujer. Pero Jane Eyre tiene para nosotras una fuerza especial y un valor de perduración.

En *Women and Madness*, Philys Chesler señala que "las mujeres son niñas sin madre en la sociedad patriarcal". Con esto quiere decir que las mujeres no han tenido ni poder, ni posesiones que hayan podido transferir a sus hijas, han estado dependiendo de los hombres de la misma forma en que niñas y niños dependen de las mujeres; y lo más que pueden hacer es enseñar a sus hijas los trucos para sobrevivir dentro del patriarcado, haciéndose gratas y uniéndose a hombres poderosos o económicamente solventes. En la ficción del siglo XIX, incluso la heredera está incompleta sin un hombre; sus riquezas deben contar con el apoyo o diletantismo de algún talento masculino; económicamente la heredera es sólo un "buen partido" y el matrimonio es su única profesión real. En la Inglaterra del siglo XIX, la mujer

gentil y pobre tenía sólo un medio de independizarse si no se casaba: la profesión de institutriz. Pero, como he sugerido, Jane Eyre no es "siempre una institutriz". Ella se dirige a nosotras en un principio como una niña literalmente huérfana de madre y de padre que vive bajo la custodia de su tía, la señora Reed, que la rechaza y oprime. El relato empieza con escenas de frialdad, de tristeza y destierro. Jane está sentada en el intradós de una ventana detrás de las cortinas, tratando de esconderse de su tía, de sus dos primas y de su impertinente primo Juan. En el exterior, la frialdad del helado paisaje invernal; en el interior, la gélida atmósfera de círculo familiar; ella contempla un libro con grabados de vastos paisajes árticos y de legendarias regiones de invierno.

Las tentaciones mujer sin madre

Adrianne Rich ()*

En los primeros momentos de la novela, John Reed provoca la rabia infantil de Jane pegándole en la cara e insultándola por su pobreza y dependencia. De esta forma las circunstancias socio-políticas de la vida de Jane quedan inmediatamente establecidas. Como ser humano femenino ella está expuesta a la brutalidad física y a los caprichos de los hombres; como una persona desamparada económicamente es vulnerable en una sociedad con una extrema conciencia de clase. su respuesta a la crueldad gratuita de John es "atacarlo" y luego, como castigo, es arrastrada y encerrada en el "salón rojo" donde su tío había muerto y del cual se rumorea que es una habitación de espantos.

Aquí empieza la prueba que significa la primera tentación de Jane. La tentación de sentirse víctima es propicia para una niña débil que vive en una casa hostil donde la violencia física y psíquica

son utilizadas en su contra como castigo por su valentía e individualidad. Verse como la oveja del sacrificio o como el chivo expiatorio de la familia y representar este papel o, por el contrario, explotar en histeria violenta y autodestructiva que sólo puede acarrearle más castigos y ser nuevamente la víctima, son alternativas demasiado fáciles.

En el salón rojo, Jane experimenta la amarga soledad de la extraña, la incapacidad de complacer del chivo expiatorio, la abyección de la víctima. Pero sobre todo experimenta su situación como inhumana.

"Injusto, injusto, dice mi razón, forzada por el estímulo agonizante a una capacidad precoz aunque transitoria: sobreexcitada resuelve utilizar algún extraño medio para lograr escapar de esta situación de insoportable opresión -huir, o si eso no se pudiera lograr, no comer o no beber más hasta morir".

Aun así ella tiene conciencia de que las cosas podrían ser de otra manera, aunque sean desesperadas, imagina alternativas. En este momento nace el germen de la persona que conoceremos más tarde: Jane Eyre, una persona determinada a vivir y a escoger su vida con dignidad, integridad y orgullo.

En el salón rojo la pasión de Jane llega a su clímax: alucina, grita, es empujada de nuevo a la temible cámara del muerto y se desmaya. Su enfermedad posterior, como muchas enfermedades femeninas, es una demostración de su falta de poder y su necesidad de afecto. Durante la convalecencia de este ataque, experimenta por primera vez la bondad de la familia del boticario, y los gentiles y amables cuidados de Bessie, la joven sirvienta de lengua afilada. Bessie es la primera mujer que muestra afecto por Jane; y en parte es la alianza con ella lo que permite a la niña mantener la esperanza para el futuro, la voluntad de sobrevivir y que la preserva de huir -un acto que en esas circunstancias sería autodestructivo- o de recaer en la histeria pura o en la depresión. También le permite mantener el orgullo y el espíritu de rebelión que finalmente la hará enfrentarse a su tía.

"Temblando en todo el cuerpo, presa de una excitación incontenible continué:

-Me alegro de no ser digna de su trato. No volveré a llamarla tía en mi vida. Jamás vendré a verla cuando sea mayor, y si alguien me pregunta que sentía por Ud. y cómo Ud. me trataba, yo diré toda la verdad: que Ud. me puso enferma y que me trató con una crueldad miserable.

... Ya antes de terminar esta respuesta, mi alma empezó a ensancharse, a exultar, con el sentimiento más extraño de libertad, de triunfo que jamás había conocido. Era como si unas invisibles ligaduras se habían roto y mis forcejeos de quitármelas de encima me hubieran puesto en libertad de manera inesperada".

Esta explosión, como muchas veces sucede con la furia de los desposeídos, deja a Jane sólo por breve tiempo en un estado de exaltación. La reacción de depresión y de autocastigo se impone; y sólo la aparición de Bessie y la sensación confirmada del afecto y respeto de ella la saca de este estado. El capítulo siguiente nos muestra a Jane camino de la Institución Lowood.

Lowood es una escuela de caridad para niñas pobres o huérfanas de buena familia que son destinadas a ser institutrices. Es una escuela para pobres controlada por ricos, todo un mundo femenino presidido por la figura masculina y farisea del señor Brocklehurst. El es el gobernador absoluto de este pequeño mundo. Sin embargo, dentro de este mundo y a pesar de la sádica humillación pública que Brocklehurst ejerce sobre ella, Jane encuentra a dos mujeres distintas a todas las personas que ella jamás había encontrado, la superintendente señorita Temple, y una estudiante mayor, Helen Burns.

La señorita Temple no tiene gran poder en aquel mundo, ni para oponerse a las órdenes del señor Brocklehurst, pero tiene un gran atractivo personal, un encanto y una fuerza a nivel espiritual y mental. A diferencia de los Reed, es de noble cuna sin ser snob; a diferencia de Bessie no es solamente simpática sino admirable. No puede cambiar la Institución por la cual ha sido contratada como administradora, pero silenciosamente trata de hacer la vida más agradable para sus inquilinas. Es maternal en un sentido particular, no sólo es acogedora y protectora, sino que estimula el aprendizaje intelectual. Más tarde en la novela, Jane dice refiriéndose a la señorita Temple:

"... a su estímulo debo la mejor parte de mis conocimientos. Su trato y su amistad eran mi continuo consuelo; era para mí una madre, una maestra y una compañera".

Helen Burns tiene un carácter fuerte, es torpe y desatinada en el mundo práctico y algo más madura intelectual y espiritualmente de lo que le correspondería por sus años. Severa y mística, convencida de la insignificancia transitoria de la vida terrenal, responde no obstante a las necesidades que Jane tiene de un contacto humano y de hermandad. Ella es física, está dispuesta a morir, sin embargo, Es Helen quien le dice:

"Si todo el mundo te odia y cree que eres mala mientras tu propia conciencia aprueba lo que haces y te absuelve de cualquier culpa, no estarás sin amigos".

Tanto la dignidad y simpatía de la señorita Temple como el trascendente desapego filosófico de Helen, son necesarias para Jane, después de la temprana humillación a que la somete el señor Brocklehurst. Porque si en Gateshead Hall las tentaciones de Jane fueron la histeria y el sacrificio, en Lowood, después de su dura prueba pública, son las de la propia inmolación y malquerencia.

Jane es muy conciente de su necesidad de amor, lo expresa apasionadamente ante Helen Burns:

"... para lograr tu afecto verdadero o el de la señorita Temple, o de otro cualquiera a quien verdaderamente yo ame, me sometería gustosa a que me rompieran el hueso del brazo, o dejaría que un toro me corneara, o me pondría detrás de un caballo salvaje dejándole golpear mi pecho con sus cascos".

Su sentido del amor está ligado al sentimiento de que las mujeres deben comprar el amor a través del sufrimiento y la autoinmolación; las imágenes que le llegan son de sumisión voluntaria a la violencia, de masoquismo.

La disciplina de Lowood, y la fuerza intelectual y moral de Helen y de la señorita Temple, se combinan para dar a la joven Jane el significado de su propio valor y de su opción ética. Helen muere y la señorita Temple un poco más tarde se casa. De este modo Jane pierde a sus primeras verdaderas madres. Sin embargo, la separación de estas dos mujeres da a Jane la capacidad de avanzar hacia un campo más amplio de experiencias.

"Durante algunos años mi mundo fue Lowood: mi experiencia se basaba en sus reglas y sistemas; después recordé que el mundo real era ancho..."

Deseaba la libertad, por la libertad suspiraba, me parecía que la libertad estaba en el aire flotando vagamente. La abandoné y acuñé una súplica más humilde que fuera un estímulo para el cambio. Aquella petición también pareció dispersarse en un espacio vago. Entonces -grité desesperadamente- ¡concédeme al menos una nueva servidumbre!".

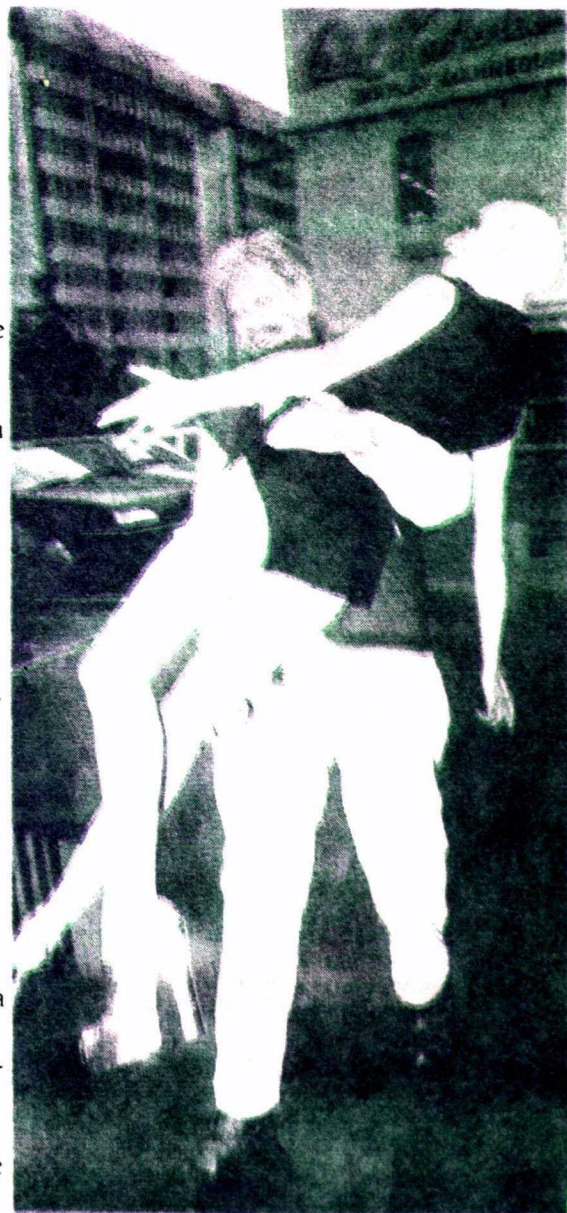
Una de las cualidades que impresionan de las heroínas de Charlotte Brontë, y que las hace más valiosas a los ojos de las lectoras, que Anna Karenina, Emma Bovary y Catherine Earnshaw, es su rechazo terminante de la actitud romántica. No son inmunes a ella y, de hecho, están mucho más tentadas por lo romántico que las heroínas de Jane Austen. En sus circunstancias de orfandad errante y de erotismo intelectual en que viven hay muchos más elementos que pueden calentar su imaginación; y efectivamente, tienen mucha imaginación. En el episodio central de la novela, que es su encuentro

con el señor Rochester en Thornfield, Jane, joven, inexperta y hambrienta de experiencias, tiene que hacer frente a la tentación central de la condición femenina, la del amor romántico y de la entrega.

Es interesante que el episodio de Thornfield se recuerde o se mencione muchas veces como si fuera éste el resumen de la novela Jane Eyre. Así, mutilada y abreviada, la novela se convertiría en lo siguiente: Una joven llega como institutriz a una casa de campo enorme donde viven una niña francesa y un ama de llaves vieja. Se le dice que la niña es una menor en tutela del amo de la casa que se encuentra viajando por el extranjero. Pronto el amo vuelve, la institutriz se enamora de él y él de ella. Varios incidentes misteriosos y violentos que ocurren en la casa parecen centrarse alrededor de uno de los sirvientes y acerca de los cuales el amo le dice a la institutriz que todo se aclarará una vez que estén casados. El día de la boda se revela que él tiene una esposa aún viva, una mujer enloquecida y encerrada en el piso superior de la casa y que ella había sido la causante de los incidentes siniestros. La institutriz decide que lo único que puede hacer es dejar a su amante para siempre. Secretamente abandona la casa y se instala en otra parte del país. Después de algún tiempo vuelve a la mansión para hallarla quemada hasta los cimientos, la esposa loca está muerta y su amante, aunque ciego y mutilado por el fuego, es libre para casarse con ella.

Descrita así la novela se convierte en una mezcla de horror gótico y moralidad victoriana. Esta novela podría haber sido escrita por cualquier colaborador de revistas femeninas, pero no es la novela de Charlotte Brontë. Si el incidente de Thornfield es central, se debe a que gracias a éste Jane llega a la madurez de mujer y a ciertas opciones definitivas acerca de lo que significa para ella ser una mujer. Hay tres aspectos en este episodio. Thornfield mismo, el señor Rochester en cuanto El hombre, y la esposa enloquecida, que es el alter ego de Jane.

Charlotte Brontë nos da una visión extremadamente detallada y poéticamente convincente de lo que es Thornfield. Jane llega a sus puertas de noche, después de un largo viaje; apenas se entera de lo que es la mansión hasta la mañana siguiente cuando la





señora Fairfax, el ama de llaves, la acompaña por todos los interiores de la casa hasta que terminan en la parte superior, en la buhardilla. La impresión que el lector recibe de su lujo, de su situación solitaria y de sus misterios es exactamente la de Jane que observa con los ojos de una joven mujer recién salida del internado de una escuela de caridad, una joven dotada además con una fuerte sensualidad. Es la parte superior de la casa la que tiene una importancia crucial, es la parte que Jane habita menos pero que más afecta a su vida. Aquí oye por primera vez esta risa - "distinguida, educada, falta de alegría" - atribuida a la sirvienta Grace Pool y que Jane escuchará más adelante al otro lado de la puerta de su dormitorio. Aquí también, hallándose en la buhardilla o caminando de arriba a abajo por el corredor, cerca de la puerta misma detrás de la que está escondida la mujer loca, da cabida silenciosa a aquellos sentimientos que se presentan con la significativa frase: "Cualquiera puede condenarme si quiere..."

Esta frase introduce un pasaje del libro que es el manifiesto feminista de Charlotte Brontë. Escrito hace ciento veintiséis años, aún es necesario volverlo a escribir una y otra vez hoy en día, con un lenguaje diferente, pero esencialmente con el mismo sentido de que sentimientos de este tipo todavía son inaceptables para muchos y que al expresarlos, nos exponemos a que nos culpen y nos pongan resistencia:

"Es en vano decir que los seres humanos deben estar satisfechos con la tranquilidad: las personas deben tener actividades y las inventarán si no las encuentran. Millones están condenadas a una inmovilidad aún más silenciosa que la mía, y millones están en rebeldía silenciosa contra su suerte. Nadie conoce cuántas rebeliones además de las políticas, fermentan en las numerosísimas vidas que las gentes entierran. Se supone que las mujeres generalmente son muy calmadas, pero las mujeres sienten tanto como los hombres, necesitan ejercicio para sus facultades y un terreno para encaminar sus esfuerzos tanto como sus hermanos; sufren las restricciones rígidas, el estancamiento absoluto con la misma intensidad como la sufrirían los hombres y es estrechez mental que sus compañeros privilegiados afirman que ellas debería dedicarse exclusivamente a hacer pasteles y a tejer calcetines, a tocar el piano y a bordar. Es insensato condenarlas o reírse de ellas si buscan hacer más cosas o aprender más de lo que la costumbre ha señalado que es necesario para su sexo".

Jane no tiene ese contacto con Bertha Rochester. Sin embargo, el sentimiento que Jane tiene de sí misma como mujer - como igual y con las

mismas necesidades que un hombre - en la Inglaterra de 1840, está del lado de la locura. Jane nunca siente que se está volviendo loca, pero existe una loca en la casa que es su rival, su imagen horrible distorsionada como en un espejo torcido, es un reto para su felicidad. De igual manera que su instinto de conservación la salva de anteriores tentaciones, ahora debe salvarla de volverse como esa mujer, forzando su imaginación hasta los límites de lo soportable para una mujer desposeída en la Inglaterra de 1840.

Solamente después de que la existencia de Bertha ha sido revelada públicamente, llevan a Jane a la habitación de la loca y puede ver de nuevo, velando, "aquella cara rojiza, estas facciones hinchadas". Bertha es descrita como grande, corpulenta, viril, con una "melena grisácea" de pelo como un animal; Jane la había visto anteriormente por semejarse "a aquel espectro mefítico alemán, el vampiro". En todo esto es la antítesis de Jane, como lo señala el señor Rochester.

"Esa es mi esposa - dice él. - Ese es el único abrazo conyugal que yo jamás pude conocer. - ¡Esas son las ternuras que habían de reconfortar mis horas de deleite! y esto es lo que deseaba tener - dijo poniendo su mano sobre mi hombro -, esta joven que permanece tan grave y quieta frente a las fauces del infierno, contemplando serenamente las piruetas de un demonio..."

En el extenso relato de las circunstancias de su matrimonio con Bertha, un matrimonio convenido entre los padres por razones económicas, pero al que él había accedido por la oscura y sensual belleza de Bertha, Rochester no pretende demostrar que había actuado en contra de sus deseos sensuales. Sin embargo, insiste repetidas veces en la falta de delicadeza de ella que era "al mismo tiempo insaciable e impúdica" y éstas fueron las razones principales que provocaron su repugnancia. Una vez constatada la locura de la mujer, él la encierra y va llevando una vida de aventuras eróticas, uno de cuyos resultados es la niña Adele, hija de una amante francesa. En parte, la historia de Rochester es un romance byroniano, pero está basada en una realidad social y psicológica: la mujer perdida del siglo XIX podía tener deseos sexuales, pero la esposa del siglo diecinueve no los tenía ni debía tenerlos; el rechazo de Rochester a Bertha se describe repetitivamente en términos de su fuerza física y su voluntad violenta. En Bertha se habían desarrollado las cualidades inaceptables en la mujer del siglo XIX en grado sumo y se habían encarnado en un monstruo.

Con frecuencia se concibe al señor Rochester como a un romántico hombre de fortuna, de corte byroniano, arrogante y sensual. Pero su papel en el libro es más interesante: ciertamente él es lo que, desde el punto de vista cultural, se puede llamar el destino de Jane, pero no es el destino que ella ha estado buscando. Cuando deja Lowood por Thornfield, cuando se detiene en lo alto de Thornfield o camina a través de sus campos anhelando una vida más amplia, más expansiva, no está anhelando un hombre. No sabemos lo que desea, ella misma no lo sabe, usa términos como libertad, una nueva servidumbre, acción. Sin embargo, el hombre aparece, romántico y misterioso, cabalgando en el crepúsculo, pero se resbala y cae en el hielo, de modo que el primer contacto de Jane con él es un contacto con alguien que necesita ayuda. Tiene que apoyarse en ella para volver a la silla de montar. Al final de la novela, nuevamente es ella la que tiene que guiarlo a él que se quedó ciego por el fuego. Aquí hay algo más que la introducción del habitual hombre romántico.

El señor Rochester ofrece a Jane los amplios horizontes que ella haya conocido: viajes, riquezas, brillo social. A través de todo el cortejo hay en ella una tensión entre la pasión creciente por él y su disgusto e inquietud por el estilo con que él le manifiesta su amor. No es que la sensualidad de Rochester le quede corta, mas bien es la tendencia que percibe en él de hacerla su objeto, su criatura, el querer vestirla, cubrirla de joyas, rehacerla en otra imagen. Se resiste tenazmente a ser imaginada como una belleza o como una húrí; Jane le dice a Rochester que ella no será parte de harém.

En su determinación de poseer a Jane, Rochester es lo bastante arrogante para mentirle tres veces. Durante una fiesta que se da en la casa, en la que Jane como institutriz tiene que soportar la condescendencia y el desprecio de las señoras del vecindario, Rochester, disfrazado de vieja gitana, llega a la puerta de la casa a leer fortunas y trata de inducir a Jane para que ésta revele sus sentimientos hacia él. Está claro, en esta escena, que Rochester es muy consciente de la fuerza de carácter de Jane y se siente

seguro del desenlace de su cortejo y el tipo de matrimonio que piensa proponerle. Haciendo ver que lee el destino de Jane en sus facciones, le dice:

"... Esa frente declara: yo puedo vivir sola, si el respeto de mí misma y las circunstancias me lo pidieran. No necesito vender mi alma para comparar deleites. Tengo un tesoro íntimo que ha nacido conmigo y que puede mantenerme viva si me quitaran todos los placeres externos o si tuviera que pagarlos a un precio que no puedo afrontar".

Al final de esta escena, él se descubre abruptamente. Pero no obstante continúa su flirteo con una heredera, la señorita Ingram, con la intención de despertar los celos de Jane. Hasta el último momento finge que tiene intenciones de casarse con la señorita Ingram, de modo que Jane, agitada ante esa perspectiva, finalmente le confiesa su dolor por tener que dejarlo. Su dolor, pero también su furia por la posición en la que él la ha puesto.

"¡Te digo que debo irme! -repliqué apasionadamente-. ¡Crees que puedo quedarme hasta convertirme en nada para ti! ¡Crees que soy una autómatas, una máquina sin sentimientos!... ¡Crées que porque soy pobre, desconocida, sencilla y humilde no tengo alma ni corazón!... Estás equivocado, tengo un alma tan digna como la tuya y un corazón tan pleno como muchos otros... No te estoy hablando en este momento con el lenguaje de la costumbre y de convenciones ni con el de la carne mortal; ¡es mi espíritu que se dirige al tuyo, como si ambos hubiésemos pasado por la tumba y estuviéramos frente a Dios, iguales -como somos!".

La entrevista despedida entre Jane y el señor Rochester es angustiante, el toca cada cuerda del amor, de la piedad, de la simpatía y la vulnerabilidad de Jane. Cuando ella se va a la cama tiene un sueño que la vuelve a llevar al salón rojo, a la escena de su primera tentación, que había sido su primera prueba. En el sueño Jane recuerda el "síncope" o desmayo por el que pasó y que significó un cambio para ella; luego recibe la visita de la luna que es el símbolo del espíritu matriarcal y también "la Gran Madre del cielo nocturno".

"Yo observé su llegada, la observé con un pre-

sentimiento muy extraño, como si llevara alguna palabra condenatoria escrita en su disco. Apareció reventando las nubes como la luna nunca lo suele hacer: primero una mano penetró los pliegues negros y los apartó, después no una luna, sino una blanca figura humana resplandecía en el azul del cielo inclinando su maravillosa frente hacia la tierra. Me miraba fijamente. Le habló a mi espíritu, el tono era de gran distancia y, sin embargo, muy cercano, susurró a mi corazón:

-Hija mía, aléjate de la tentación.

-Lo haré, madre."

Su sueño es profundo e imperiosamente arquetípico. Está en peligro, lo estuvo en el salón rojo, pero su propia conciencia espiritual es más fuerte en su madurez como mujer que lo fue en su niñez; está en contacto con el aspecto matriarcal de su psique que ahora la previene y protege contra aquello que amenaza su integridad. Bessie, la señorita Temple, Helen Burns, en algunos momentos incluso la gentil señora Fairfax, el ama de llaves, han actuado como mediadoras a lo largo de este camino por el que ha llegado tan lejos. Se puede decir incluso que la horrible figura de Bertha que se ha interpuesto entre Jane y su matrimonio, que aún no estaba maduro porque la hubiera hecho simplemente una adjunta dependiente del señor Rochester en vez de su igual. Distintas mujeres han ayudado a Jane Eyre hasta el momento de su decisión más severa que es el momento en que ella entra en relación con la Gran Madre misma. Al despertar de este sueño Jane deja Thornfield, con poco equipaje y veinte chelines en su bolsa, se va andando y avanza hacia un destino desconocido.

En un episodio que se puede interpretar como el gesto final del sacrificio, ella olvida su bolsa con los pocos chelines que tenía en la diligencia y queda absolutamente desamparada, teniendo que mendigar las sobras que la esposa de un granjero iba a dar a un cerdo. En toda esta parte de la novela en la cual Jane se mueve completamente sola a través del paisaje, se producen dos fuertes tendencias opuestas, la de la autoinmolación femenina -la tentación de un suicidio pasivo- y la voluntad y el coraje que son las armas para la sobrevivencia.

Dos hermanas, Diana y María, que viven con su hermano, el clérigo John Rivers, en una rectoría, salvan a Jane literalmente de la muerte. Diana y María llevan los nombres de los aspectos pagano y

cristiano de la Gran Diosa: Diana o Artemisa, la virgen cazadora y María, la virgen madre. Estas mujeres no están casadas, son unas sabihondas y en su alejada rectoría se deleitan aprendiendo, estudian alemán y leen poesía en voz alta. Viven intelectualmente como iguales con su hermano; sin embargo, durante la enfermedad y convalecencia de Jane la tratan de forma maternal, tierna y sensible. Con el paso del tiempo Jane se recupera y empieza a enseñar en la escuela del pueblo. Diana y María se vuelven sus amigas y, por primera vez desde la muerte de Helen Burns, tiene una compañía intelectual afín con jóvenes mujeres de su misma edad.

Una vez más un hombre le ofrece matrimonio. El clérigo John que la ha estado observando para sus fines personales, y como la ha encontrado "dócil, diligente, desinteresada, fiel constante y valiente; muy gentil y muy heroica", la invita a que vaya con él como su compañera de misión a la India donde piensa vivir y morir al servicio de Dios. Necesita una ayudante para trabajar con las mujeres indias, le ofrece un matrimonio sin amor, un matrimonio de deber y de servicio a una causa. La causa está definida por él, por supuesto, y es la causa de una religión patriarcal: abnegación, templanza, orgullo y ascetismo. Lo que John le ofrece a Jane es quizás el anzuelo más peligroso para una mujer espiritual: adoptar la causa o carrera de un hombre y hacerla propia. El hombre que presiona para definir las vagas posibilidades de la vida de una mujer es la tentación que más la puede confundir. Pero pronto Jane se da cuenta- John se propone usarla.

"¿He de ostentar el anillo de casada, soportar todas las formas de amor, que -estoy segura- él observará escrupulosamente, y saber que el alma está ausente en todo eso? ¿Podría aceptar sus manifestaciones de cariño sabiendo que son sacrificios hechos en aras de su principio? No: sería monstruoso aceptar tal martirio...

Así ella rechaza su causa; y así él encuentra su rechazo. Mientras tanto ella ha heredado una renta; se ha vuelto independiente; y en este momento una experiencia extrasensorial la llama de regreso a Thornfield.

II Lector, me casé con él". Estas palabras abren el capítulo final de Jane Eyre. La pregunta es ¿cómo y por qué es éste un final feliz? Jane regresa a Thornfield para encontrarlo convertido en una "ruina

negra". Reencuentra a Rochester que ha perdido la mano izquierda y ha quedado ciego por haber tratado de salvar la vida a su mujer loca durante el incendio de su casa. Rochester ha pagado sus deudas; un crítico freudiano diría que simbólicamente ha sido castrado. Descartando la noción fálica patriarcal de su dura prueba podemos preguntarnos: ¿qué matrimonio es posible para una mujer como Jane Eyre?

Ciertamente no el matrimonio con un castrado físico o psíquico (John rechaza a Jane en parte porque está castrado emocionalmente). El aire que se respira a través de esta novela es aquél de igualdad sexual, espiritual y práctica. La pasión que Jane siente como una muchacha de veinte años o como una esposa de treinta es la misma, aquélla de un espíritu fuerte demandando su contrapartida en otro.

Ella siente después de diez años de matrimonio que "soy la vida de mi esposo tan plenamente, como él es la mía". Este sentimiento no es aquél de amor romántico o de matrimonio romántico.

"Estar juntos es, para nosotros, estar a la vez tan libres como en la soledad y tan alegres como en compañía. Hablamos -creo yo- todo el día, hablar es para nosotros una forma más animada y audible de pensar".

Llegar a su marido ecómicamente independiente y por su libre albedrío vuelve a Jane una persona que no tiene que sacrificar un grano de su ser Jane Eyre. En los primeros pasajes del episodio de Thornfield, Charlotte Brontë sugiere la posibilidad de este tipo de relación, las riñas verbales de esta pareja que tan firmemente se niega a actuar dentro de los esquemas del romanticismo o de la ficción gótica. Es posible creer en la simpatía erótica sentimental de este matrimonio porque ha sido preparado por el rechazo que la mujer hizo al no aceptarlo bajo circunstancias míticas, románticas o sexualmente opresivas. Es claro que Charlotte Brontë cree que las relaciones humanas requieren de algo diferente, una transacción entre personas que se dé sin "dolor vergonzoso y sin humillaciones acumuladas", en las cuales nadie sea convertido en un objeto para el uso del otro.

El matrimonio es el complemento para la vida de Jane Eyre, como lo es para la señorita Temple, y para Diana y María Rivers; pero para Jane, el matrimonio es entendido de una manera muy radical para su época. No es una solución o una meta bajo ningún aspecto. No es un matrimonio patriarcal, en el sentido de una unión que apoya y menoscaba a la mujer, sino la continuación de la creación de esta mujer misma.

(*) Este ensayo fue publicado por primera vez en la revista Ms. en octubre de 1973, y luego en Sobre mentiras, secretos y silencios, ed. Icaria, Barcelona 1983. Por su extensión fue editado por LCF.



